

10

LAGRIMAS DE SOLEDAD

Diego Valenciano
4.º E

10

Me encuentro en París, año 1485 después de Cristo, tengo 19 años me llamo Niall y escribo mis días por si se dice el caso de que mis ojos no puedan ser impactados nunca más por los rayos anaranjados del alba. París se está tornando en un Paisaje más digno del infierno que el de la ciudad más importante del mundo. Una gran epidemia está sacudiendo a la ciudad y a todo el continente, la más grande jamás vista. Los cielos de París se tñen de gris y las calles de rojo ardiente. Piles de cadáveres se amontonan metros antes de las hogueras para ser arrojados e incinerados a su paso y así intentar frenar el desarrollo de la enfermedad. Pero la situación está muy complicada, nosotros los médicos lo sabemos mejor que nadie. Ahora ya desde hace casi una década vestimos prendas dignas de la Santa Muerte, incluso una máscara con forma de pico. Esto se está tornando peor de lo que jamás podía haber imaginado.

Como todas las mañanas me disponía a vestirme con la misma ropa que siempre, una y otra vez la monotonía se podía oír en cuanto me situase la máscara en frente de la nariz. Durante el resto del día estaba a la disposición de la ciudad de París y sus habitantes sin hacer distinciones, no había pudoridades.

A los ojos de la enfermedad todo el mundo era igual. Antes que nada, iba a la iglesia para que el sacerdote me comunicara los mensajes de auxilio que los ciudadanos ~~le~~ habían dado durante toda la noche. Por ahora teníamos tres enfermos. En primer lugar, el panadero del país; vivía en una casa humilde. Dentro de ella se encontraba su taller y su tienda. Vivía con su mujer y su hija. Su otra hija había fallecido hace ya un mes a causa de la enfermedad. En segundo lugar, teníamos a Don Arsené, el ~~titulado~~ jefe de una de las principales familias nobles de París. Este vivía solo, era un hombre de pocas mujeres ya que estaba casado con su trabajo. Por último y no por ello menos importante, nos encontramos con el conde de Anjou, ~~quien~~ quien había venido aquí a pasar sus vacaciones de verano con el rey.

Me dirigí hacia

Me dirigí hacia la casa del panadero. Allí, su mujer me esperaba ansiosa en la puerta de su casa.

La panadería estaba abierta para mi sorpresa. Entré en su casa y lo primero que vi fue a su pequeña hija de no más de 6 años amasando una bola de masa nada que debía pesar más que ella misma. ~~ya~~ ^{le} pregunté a su mujer que dónde se encontraba su marido y me llevó hacia un armario que había debajo de las escaleras, cubierto en un tablero de madera con una

vasija como almohada se encontraba Allé. Él quiso que su mujer se fuera. Le hice una revisión rápida y llegué a una ~~rap~~ conclusión, no le quedaba más de un mes de vida o a lo mejor incluso menos. Se lo comuniqué y con lenguaje torpe y cortado me dijo: "Están bien mientras mi familia se encuentre bien". Después de ~~eso la noticia la~~ recibir la noticia la familia rompió a llorar y a eso se le unió la impotencia de no poder estar con él en sus últimos días de vida por el riesgo a contraer la enfermedad. Tamiré hacia la casa del letrado y en su puerta me esperaban sus amigos. Me indicaron donde estaba y se quedaron fuera de la casa. Se encontraba en una cama, cubierto por telas baratas y con una almohada del tamaño justo para que su cabeza se apoyara en ella. Tras una rápida observación lo tuve claro. Le quedaban pocas horas de vida. Tras comunicárselo me dijo: "He vivido ~~una vida~~ plena y he disputado de mi vida, moriré en paz. Me fui de la casa escuchando los llantos de sus amigos que desde la ventana de su dormitorio hablaban con su moribundo amigo quien poco a poco hablaba con menos fuerza y quien antes de que se pusiera el sol ya habría pronunciado sus últimas palabras." Por consiguiente solo me quedaba por ver un paciente. El Conde de Anjou. Se encontraba en una de las mansiones

unas lujosas de toda la ciudad. Cuando llegué a su casa nadie me esperaba en la puerta. Esta misma estaba entornada así que pude pasar con facilidad hacia dentro. A través de quitos pude encontrar los aposentos del conde, quien se encontraba en una cama amplia con sábanas y mantas de seda y una almohada que bastaría para apoyar una docena de cabezas. Estaba solo, nadie lo acompañaba.

Tras un examen rápido la conclusión fue clara. No padecía la enfermedad, tan solo un resfriado común. Y al comunicarle la noticia rompió a llorar. Por decepción le pregunté que le sucedía. Él me respondió que, aunque todo el mundo pensaba que se iba morir por la enfermedad nadie le había acompañado. No había ninguna persona en este mundo a la que le importara como para venir a estar con él en el lecho de su muerte.

Y después de unos ardidos minutos de llorera recogí mis cosas y me fui. Cuando me alejaba se escuchaban los llantos del conde quien solitario yacía en su cama de seda, desamparado en el olvido, con la esperanza de que algún alma se presentara en la puerta de la mansión simplemente para mostrar que le importaba.